AMOR LIBRE

INTERVIEWS VOLUPTUOSOS

CON

ROBERTO DE LAS CARRERAS

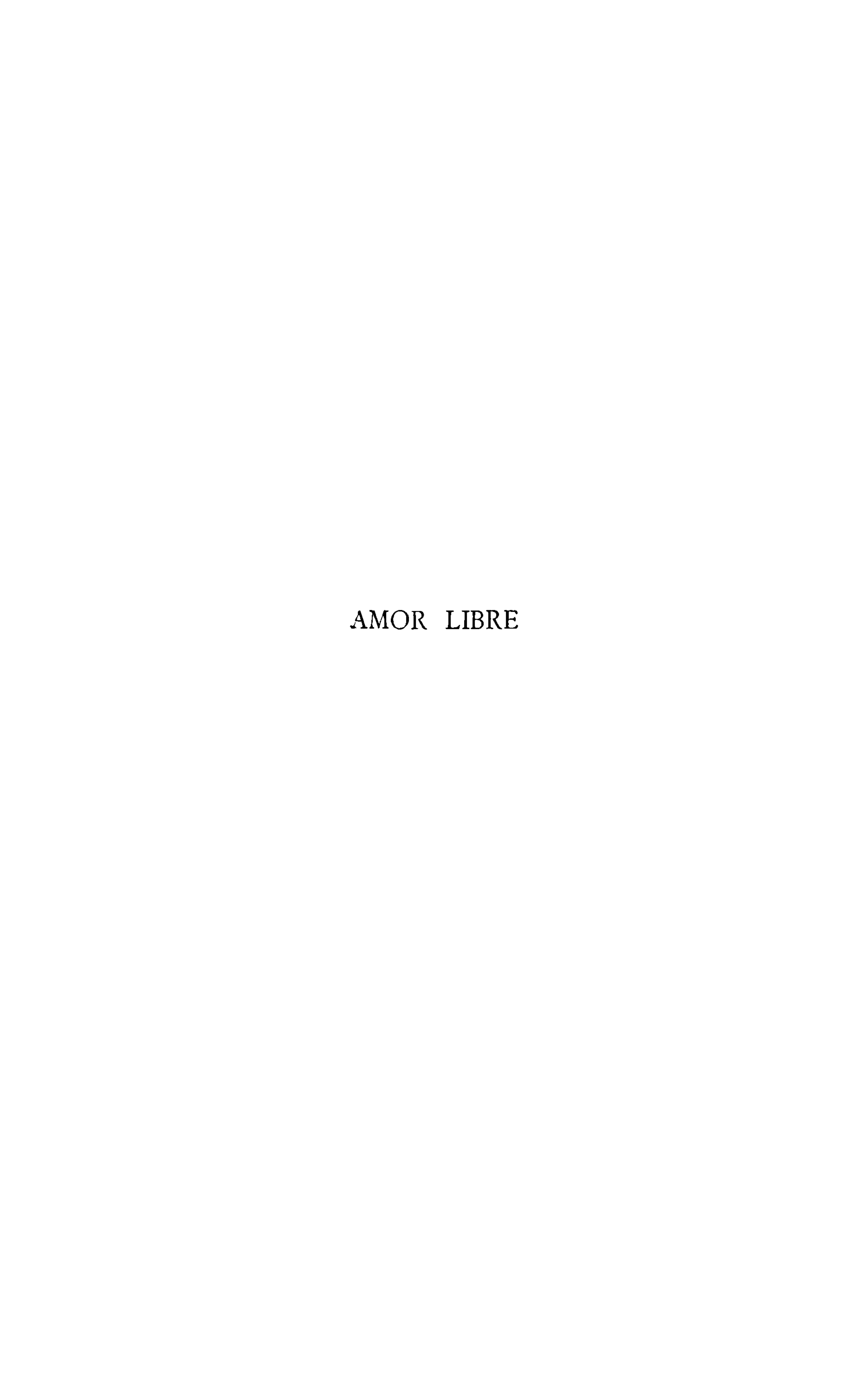


MONTEVIDEO
1902



EL AMANTE

Roberto de las Carreras



AMOR LIBRE

A Berta Bandinelli

Musa del Amor Libre

PRIMER INTERVIEW

—

Con motivo de Waterloo galante de Roberto de las Carreras que convulsiona á nuestra sociedad, entrevistamos al tempestuoso anarquista en sus elegantes habitaciones del Hotel Pirámides.

El parisiense apareció con un chaleco rojo como un incendio, *dernier cri* del boulevard. Roberto de las Carreras,—y esto es tan tan público como el *bégain* de su querida, - es un refinado, nacido en la tierra de Zapicán por un capricho de la femenina Naturaleza.

—Los ingénuos uruguayos (nos dijo con su fina sonrisa) me consideran un marido burgués engañado, un Bovary, y me fusilan á sonrisas por la espalda. (Con aire compasivo.) Se encuentran en un grosero error. Yo no soy un esposo. Si bien es cier-

to que he pasado por la comedia de la unión burguesa, y que arrojé una firma al Registro Civil, como se arrojan papeles estrujados á un canasto, creí perfilar rigurosamente, con una carta, que publiqué en un periódico anárquico, mi verdadera situación erótica.

El objeto de aquella formalidad fué, simplemente, como lo dije entonces, impedir que el Juez de menores usando de un derecho atávico, recluyera á mi querida en un convento, por el solo delito de haber amado... Usé de la burguesía contra la burguesía, y aseguré la libertad de una mujer que yo había arrancado al Prejuicio.

Fué un acto de política anárquica y de lealtad galante. Estas razones se vieron claras en mi comunicación al público. Proclamé mi fé subversiva. Dije que el matrimonio era un valor nominal como el papel moneda; que ese valor no consiste más que en el hecho de reconocerlo, y que por lo tanto me consideraba yo tan casado como si me hubiera unido en matrimonio por los ritos de alguna de esas tribus salvajes para las cuales el casamiento consiste en que los novios, en un instante dado, dejen caer un cántaro que se despedaza contra el suelo.

Escarnecí el Matrimonio, pateándolo con mi artícu o de *El Trabajo*, que aparecía mientras yo me dirigía al Juzgado. Por otra parte, había lucido en l s paseos, ante las retinas atónitas de nuestros burgueses. un hijo hecho sin el permiso del Juez.

Mi casamiento, si así puede llamársele, fué toda una alevosía de mofa: resonante carcajada contra el pedantesco catafalco de las instituciones burguesas. ¡Todavía me rio!

Roberto de las Carreras hizo una pausa en la que hubo risa y al mismo tiempo como una penumbra...

—La sociedad montevideana—continuó,—que no brilla por su inteligencia (sonrió indulgente), comprendió mi actitud al punto de que no solo no se nos recibió en los salones, á mi querida y á mi.—pretenderlo hubera sido hiperbólico,—sino que, en la calle, nuestras matronas, depositarias del fuego sagrado de la moral burguesa, pretendían quitarnos la derecha por un prurito de vindicta.

Ahora bien, después de todo esto ¿cómo es posible considerarme *marido!* Es una imposición gratuita de los burgueses!

—¿Y como amante no se considera humillado?

—*Jamais de la vie*!—Subyugué du-

rante cuatro largos años una mujer nerviosamente apasionada, un filtro mágico de corrosiva lujuria, una cantárida humana, una berberisca de mis sueños de harem: exotismo viviente en este país en que las mujeres son pacíficas y se destacan por un aire doméstico, por una expresión desesparante de monótona tontería. Ella parece mas bien una hija abrasada de los fúlgidos arenales, con sangre de pantera, exacerbados los sentidos por las llamas del Simún!

Conservar una mujer encendida durante cuatro años, es un prodigio que no puede comprenderse entre nosotros!

Cierto, no han de enorgullecerse de él los inocentes maridos, para los cuales la luna de miel dura apenas lo que una luna: cuatro semanas; que confunden con ingenuidad nimbada la la fidelidad que sus mujeres guardan á la Opinion Pública ó al Deber, con una fidelidad de amor por su záfia, palurda y caricaturesca persona!

Los burgueses están extraviados. El Amor no es la Virtud. El Amor muere jóven. Es una fatalidad de la Naturaleza. El ideal de Amor debe integrarse con un sinnúmero de mujeres. Querer obtenerlo de una mujer

única es como pretender crear una ópera con una sola nota del Pentágrama ó escribir un libro con una sola letra del Alfabeto. Dicen los griegos, esos maestros reconocidos en Belleza, en Filosofía, en Arte, y en Amor, que pretender ser amado exclusivamente es una locura de mortales. Sería curioso que el Amor, cuyas alas frágiles se han escurrido entre los dedos de los semidioses: de Cátulo, de Musset, de Horacio, de Lord Byron, se encontrara prisionero en los hogares montevideanos junto á la cocina y al retrete!

Roberto, triunfante:

Ningún vencedor, llámese César, Napoleón ó Alejandro, ha podido jactarse de haber atado á su carro la mujer!

¿Puede saberse por qué razón vivía usted en Buenos Aires separado de su amante?

Roberto sonrió.

—Mi querida estaba á punto de sucumbir, quemada, en mis brazos! Puse todo lo helado del Rio de la Plata entre sus ardores y yo...

El parisiense se abandonó en un diván y cruzó la pierna, en la que se marcaba el músculo vigoroso del esgrimista.

—No tenía noticias *de la trave-*

sura. Los uruguayos, esos espías, cuidadores de las mujeres ajenas, se han vengado de mi desprecio por su policía desinteresada de *voluntarios*, no informándome de lo que sucedía... Comprendí por un rayo de sagacidad psicológica. Como un astrólogo en las estrellas, leí en los ojos tenebrosos de la Afrodísiaca el horóscopo inquietante de su anárquica sensualidad. Virtud de ocultista... Si la poseyeran los uruguayos, leerían en el rostro de sus *señoras* iguales revelaciones!

—¿Cree usted que debe atribuirse al Amor el arranque de su querida?

—Lo dudo.

—El nuevo dueño es superior á usted como hombre?

Roberto sonrió con la satisfaccón que proporciona la seguridad de sí mismo.

—Según ella ha confesado con admirable desenvoltura á uno de mis amigos que la interrogó audazmente, su nuevo amante: *es regular, no es gran cosa!*

En cuanto á mi, recuerdo que después de los transportes, de vuelta de su carrera anhelante por los Campos Elíseos de la sensación, la Voluptuosa me felicitaba en cinco idiomas dis-

tintos: Muy bien! *Trés bien! Molto bene! Very well! Sehr gut!*

—Hay de qué estar satisfecho como amante, subrayó Roberto.—Después, acaso el pimiento rojo del cambio, la mostaza candente de la intriga, el condimento vitriolero de lo prohibido...

—Flor de charco parisiense!—exclamamos.

Roberto continuó con tono dogmático:

—Mi error fué no hacerla casar. Renuncié torpemente á ser el fruto vedado que no sacia nunca. Fuí marido para ella. Me arranqué la auréola!

Una pausa.

—Me es imposible sentir celos de ese mozalbete á quien no considero mi rival.

Al hallarlo in fraganti con mi Favorita, cedí á un arranque heredero de mis antepasados de las cavernas, y del cual me arrepiento: le dí una bofetada... Él se escurrió precipitadamente entre las sábanas, se hizo un ovillo, diciéndome con una voz plañidera, elegíaca: *No me pegue que soy un hombre enfermo!*

Declara la Favorita que, estupefacta por la debilidad de su amante

de ocasión, lo echó con risas á la calle!

—¿Siente usted rencor contra *la traviesa*.

—Como elegante no puedo perdonarle que se haya acostado con un uruguayo, con un aspirante á *marido*; como Sultán, mi soberania se reciente y se encrespa ante la imágen de una esclava del harem que se abandona á un siervo en las cuadras; pero, como anarquista, admiro á la rebelada, que, con un valor de impulsiva, hace saltar las cadenas de su sexo y sueña, volviendo femenino el ideal de Nietzsche, con ser *una carnívora voluptuosa vagando libremente*! ¡Es mi discipula! ¡Yo la he libertado! Yo la arrojé en brazos de sn capricho. Yo he ejercido sobre ella una doble fascinación. Incorporé á su sangre las máximas anárquicas, y eduqué sus sentidos en las exquisiteces sibaríticas del refinamiento: flor cultivada en el invernáculo de mi lujuria...En sus células grises germina mi personalidad. Escribe con mi pluma. Con motivo de nuestro divorcio libertario que ha seguido al infraganti, me dirige una carta deliciosamente rebelde que destaca con bizarría mi postura de Maestro.

Hé aquí la carta:

Conciudadano:

Si te quieres arreglar conmigo, lo puedes hacer anárquicamente, quedando cada uno en libertad de hacer lo que le parezca. Sino, me es indiferente. Aunque sola y muy pobre, seré honrada. Aunque se que valgo mucho, jamás abusaré de mi sexo, ni pondré negocio con mi sensualidad. Si asi lo hiciera tendria mucho dinero, pues hay muchos que me lo darian. Pero tengo un hijo y soy honrada. Espero de tu mucho talento que procedas con anarquismo y arreglarnos á pesar del infraganti. Procede como un amante. No procedas como un marido burgués. Sé siempre discipulo de Kropokin. Consérvate siempre igual. No retrocedas en la mitad del Evangelio!

"Yo soy y seré siempre anarquistà. Espero tu decisión. A Raúl no le verás jamàs á no ser con la madre. De otro modo, te lo juro, no lo verás.

«*Berta*»

—¿Cederá usted á las insinuaciones de su amante, reconociendo, en cuanto á los hechos consumados, su derecho de mujer? Seducido por su picante ingenio, abrirá usted las puertas del Harem á esa hija pródiga de la sensualidad?

—Que se encomiende á la magnánima grandeza del Emir!

Nos despedimos del Aristócrata felicitándolo por su gloriosa actitud, por su buen gesto, por su fortuna en amor, por su revancha sobre el Antropoide, por la originalidad que su cómplice, el Destino, imprime gracio-

samente á los múltiples sucesos de su vida pintoresca; nos retiramos, indignados por el contraste violento del tímido rival que en el instante decisivo abandona á la mujer, pasto de la venganza de un celoso, en vez de escudarla, arrebatadamente, con el pecho! Un amante debe saber morir! Aquel acoquinamiento se nos explicó con facilidad. Ese amante burgués es un *marido* y desfalleció al aparecer el Amante!

SEGUNDO INTERVIEW

—

El Primer *Interview* de este *recueil* con que Roberto de las Carreras inicia soberbiamente entre nosotros la revancha de los derechos femeninos, aparecido en *La Rebelión*, explotó el día 25 de Agosto en medio á la solemnidad patriótica, en plena orgía de los burgueses.

Fuimos empujados por el Doctor Anarquista al lanzamiento de su bomba, en esa circunstancia, con el sarcasmo premeditado de envenenar en el vientre de los filistinos, descendientes de Sancho, su regocijo salvaje!.....

Ansiosos de felicitar al púgil que sostiene con sus puños crispados la presión trituradora del océano social, solicitamos de su exquisita condescendencia, una nueva entrevista.

Lo hallamos tendido en un diván,

el pensamiento flotante, distraído en el Bósforo....

El humo de un cigarrillo de ópio trazaba auréolas en el ambiente de la estancia, llenándola con los vaivenes de sus espirales quiméricas...

—¡Gran éxito!—exclamamos.—Después de la publicación de su estruendoso *Interview*, no queda en la beatífica ciudad de San Felipe y Santiago un solo hombre que se atreva á considerar á usted *marido!*

—Lo sabía de antemano,—murmuró con indiferencia Roberto, sin abandonar su mullida actitud.—Como Napoleón miré el reloj á las tres, y dije: A las cuatro doy un vuelco á la derrota!

Mi amante se arrodilla, reconquistada en una hora! No ha sido mi Waterloo, ha sido mi Marengo!

—Se desploma contra su terrible valor la excomunión burguesa!—dijimos con satánico ardimiento.—Los maridos braman!

—El Marido es una institución que morirá por el ridículo....Tengo de mi parte á las mujeres. ..He prendido fuego á las faldas!

—Algunos uruguayos, fanáticos del Prejuicio, pretenden que usted debió matar á la *libertada*.

Roberto se encogió de hombros con una suprema elegancia de desdén.

—Los uruguayos son unos salvajes que apenas lo disimulan....inferiores desamparados, cogidos de los cabellos por las Euménides de sus partidos impulsivos! Ralea inmigratoria!

Yo, que, ostento, imperialmente, en mis blasones catorce siglos de nobleza (1): el Aguila de Viana, de alas pujantes, abiertas en la iniciación del vuelo; el Caballo de Carreras á escape en un campo azul, bajo una lluvia de estrellas; yo, de una casa que, para fundarla, se unieron la Aristocracia y el Amor; ¡descendiente de un bastardo de estirpe régia!; yo, que pertenezco á la raza de los Fuertes, de los Selectos, á un ciclo de empenachados por cuyas venas corria el explosivo de una sangre que se derramaba, hirviente, en las batallas; yo, García de Zúñiga, aristócrata revolucionario, no puedo afrentar la sombra de los augustos guerreros, mis antepasados asesinando á una querida inerme! (Una pausa) ¿Qué se habría dicho en la sensual anarquía de la Corte de Luis XIV, en el cenáculo de las Hadas de Versalles, si se hubiera pro-

(1) Siete por la linea paterna y siete por la materna.

puesto responder ferozmente, con la muerte, á las heridas del Dios-Niño, que, con el carcax á la espalda y la travesura en los labios, jugaba á tirar al blanco con el corazón de las duquesas en los bosquecillos discretos y perfumados de Trianón?

Matar á una mujer infiel.... ¡Qué horrible sacrilegio contra la Galantería! ¡Toda mi sangre heráldica se rebela!

Roberto parecía asistido por sus mayores. Se habria dicho que se escuchaba alrededor suyo el crujido trémulo de armaduras invisibles....Hizo un gesto digno de catorce de siglos de nobleza:

—Ferviente de Petronio, á quien nauseaba la sangre, sacerdote de Anacreonte, en un festín de despedida, corono de rosas y ofrezco la crátera del Falerno á la fugitiva de mi lecho...

Nos inclinamos, avasallados por aquella irresistible lógica poética.

—Son los maridos los que matan, nunca los amantes! Matando no se obtiene el Amor! Es un acto vulgar. Es escribir con el tema de una veleidad el más estúpido de los folletines!

—Los anarquistas opinámos como los amantes!

—Anatematicemos, —clamó Roberto,—nuestras sociedades impúdi-

cas, en las cuales, para escándalo, de la civilización y del buen gusto, subsiste aún el monótono marido!

Roberto, sereno:

—El marido es un atavismo...

(Una pausa.)

En nada se rebela el hombre tan irreconciliablemente primitivo como en los celos.... El enemigo de la mujer es el Antropoide. Nosotros, los feministas, debemos apuñalear al monstruo interior, al *Màle Originel!*

—De acuerdo!—contestamos con arranque.—Estrechémosnos para la gran batalla de la libertad femenina. Si algunos de los nuestros, en los que el Antropoide no se ha extinguido todavía se detienen cobardemente, los precipitará la avalancha!

Roberto, con su vehemencia incendiaria:

—La Anarquía sin amor libre no es Anarquía! Hay que pensar en el Amor con más fuerza que en la cuestión económica! Tiempo tenemos de ocuparnos de la raquítica tierra. Acudamos á lo que más urge!....

Se irguió. Sus ojos relampaguearon. El gesto desordenado, transfigurado el semblante por el turbión del Apocalipsis revolucionario, lanzó su grito heróico:

—¡¡¡Expropiemos la mujer!!!

Continuó: —Estamos febricitantes como leones encendidos frente á la ignominia de su esclavitud encubierta! Lancemos á la faz torva de los inútiles maridos: ¡La mujer es libre!

Su triunfo estalla!......Caballeros cruzados del Feminismo, proclamaremos su derecho al placer en el gran día de la Revolución Sensual!!!

Tomó aliento. Se distendió en el diván. Echó á volar una nubecilla de humo de su cigarro de ópio:

—Se niega á la mujer *la propiedad de su cuerpo*. No puede hacer uso de él más que para el Marido. Si dispone, por un derecho elemental, de su don de vida en beneficio del amante, arrastrada irresistiblemente por la Afinidad Electiva, soberana dispensadora del bien de Amor, único criminal al que no se escuchan atenuantes; su dueño la degüella! Alevosía, premeditación, ensañamiente, todos los nubarrones lúgubres del crímen, están permitidos al *pater familias*, al déspota romano, para vengar su impotencia, su despecho, su atávico prejuic o. La Ley le entrega su cuchilla!

Código de tiranía que te ensañas con el débil! Leyes depravadas dictadas por el Antropoide!

Dumas, en plena cátedra del teatro, sentencia, dogmáticamente, que á la

adúltera, á la mujer autónoma, se la debe matar!

Burgués, tú habrías asesinado al pueblo en la Comuna!

La aberración entra por mucho. Un hombre enérgico decíame, refiriendo el caso de un marido que, al encontrar á su mujer *in fraganti*, la había arrojado por el balcón: Es el único medio de contener á la mujer!

El hombre que así hablaba era mi padre. Yo sentí protestar en mí, desde entonces, el alma de mi madre que me inspira, de la mujer de pasión y de aventura, de la desvanecida soñadora que la educación burguesa me enseñaba á odiar. Al defender al sexo siento que la defiendo. Mi esfuerzo libertario es un tributo altivo y vengador á sus dolores de Amorosa!

La Injusticia para con la mujer aparece siniestramente grabada, como una inapelable condena dantesca, en el frontispicio de los siglos, en las Tablas de la Ley.

Desde el comenzar del mundo un sexo indómito, feudal, inquisidor, prepotente, inmola en nombre de su fuerza, de su amor á la sangre, de su tenebrosa vanidad: estúpido tirano que exige á la mujer lo que no puede concederle su arcilla ideal. Otro, in–

defenso, pária, se refugia astutamente en la mentira, fuerza del esclavo. Sofocado, brutalmente desviado, abre sigilosamante con las armas de la Hipocresía el cauce inevitable de sus olímpicas sensaciones....

No nos asombremos de que las mujeres libres todavía engañen. Es la Herencia de sus abuelas oprimidas!...

La Veleidad, el Capricho, que en cuanto á nosotros son cosa banal, corriente, sin ninguna consecuencia, gustados por la mujer, constituyen crimen de alta felonía. No puede ni siquiera arrepentirse de su presunta culpa que no tiene redención. El burgués no la perdona en nombre de Cristo!

La mujer está *condenada á amar*, de una manera regular, continua, insistente, sin un alto del corazón, como amaría una máquina, desde el principio hasta el fin de la vida. De lo contrario se la castiga con la muerte ó se la envía á la cárcel. Se le exige que ame. Amar es su deber férreo, su disciplina estricta; bestía incondicional de reproducción y de afecto.

—¿Qué utilidad concede usted al Divorcio en los conflictos de la Afinidad Electiva?

—Es una puerta de escape al Amor libre. Pero, no basta. Hay que des-

truir el vínculo! ¿Quién puede responder del mañana? No nos obliguemos un solo instante y borraremos la mentira que, en materia de amor, según Musset, es el único crímen.

Dice Godwin: «La institución del Matrimonio es un sistema fraudulento. El Matrimonio es una ley y la peor de las leyes. El Matrimonio es cuestión de propiedad y la peor de las propiedades.»

Hay que ceñirse al inspirado anárquico. Todas las cobardias, todos los crímenes del Matrimonio se deben á que el hombre se considera dueño de la mujer. Cuando recónozca su independencia, las prerogativas inviolables de su corazón y de su sexo, no será ya rencorosamente arrebatado por los mil espectros lívidos de la Venganza. La fatal veleidad no le parecerá un robo depravado, un inícuo desconocimiento de los derechos sensuales de que se considera investido. No verá en ella el desacato irritante, el golpe de audacia de la esclava que provoca sus empujes de macho dominador, sinó la despedida de un sér igual que se aleja....

—¿Considera usted imposible la fidelidad?

—Es un mito inventado por cenobitas impotentes. Un no-sentido del

vocabulario burgués. ¿Somos nosotros fieles? Y si no lo somos, ¿cómo pretenderlo de las mujeres, hechas como diría Byron, de nuestra misma *arcilla inflamable*? Nuestra sensualidad no es por ventura una rutilante mariposa? ¿Cómo pretender que la calumniada de Vigny, los sentidos despiertos, voraces, *entraînés*, se retracte de su femenilidad para la exclusiva satisfacción de nuestro orgullo?

Cambiemos su sangre, cambiemos su fisiología: hagamos otra mujer!

¿Qué es lo que inspira el deseo? La boca, los ojos...¿Y esos detalles no se se encuentran iguales ó parecidos en todos los hombres como en todas las mujeres? ¿Cuál es el sello que distingue al que debe sugerir la sensualidad única, al deseado sin fatiga, sin laxitud á pesar del tiempo transcurrido, del desgaste inevitable de las sensaciones?

Lo poco que razonablemente puede exigirse á la mujer, es la renuncia en aras del preferido. Nunca fuí más halagado que cuando una mujer me dijo:—Me gustaba un hombre. Me hubiera dado á él....Pero, pensé que tú habrías sufrido....He hecho ese sacrificio por tí!

¿El hombre y la mujer no representan un estímulo recíproco? ¿Dónde

está esa Naturaleza disciplinada, matemática, que distribuye á los séres por parejas eternas, y cuyas potencias sordas de atracción se detienen una vez que los ha juntado?

La Naturaleza es variable, caprichosa, mujer! El Amor vive de deseos y muere de saciedad, dice la gran sentencia. La mujer es fatalmente voluble como el hombre. Es hija del hombre. El Amor no perdona á sus elegidos!

Optemos: la mujer inerte, la montevideana sin alma, sin cuerpo, sin virtud siquiera dentro del mismo punto de vista convencional; sin abnegación, que nada hace vibrar, que presencia, impasible, instalada en un palco, los más grandes sollozos que atraviesan la historia afectiva de la humanidad y que revientan en la música; que mira sin comprender todos los torcedores, todas las angustias dramáticas del corazón estrujado; que no siente á Manón, que no comprende á Fausto, que denomina la pasión: cosas de los libros; qne se vende estúpidamente contenta, *prostituta á plazo largo*, como diría Tolstoi, á la codicia de un burgués, con el cual sostiene una amistad de lecho imperturbable; que se apareja por una inercia del instinto, hembra salvaje, reproducto-

ra inconciente, cuya cohabitación, como diría Nordau, no será nunca un episodio en el proceso vital de la humanidad; ó bien, la amante y todas sus torturas.

Nosotros, los que hemos sido cien veces crucificados, martirizados, destrozados, no vacilamos. No damos nuestra quemante angustia por la plétora de satisfacción de los burgueses; no damos el tósigo de las traiciones que nos corroen, por la fidelidad jurídica de sus marmotas conyugales!

Día vendrá en que domado el atavismo sentimental, las mujeres puedan ser libres sin que nosotros seamos infelices. La Anarquía nos hará griegos....Safo, Aspasia, Bylitis, renacerán para nosotros en la Ciudad Futura.

Arrancados de la educación cristiana, nos acostumbraremos á mirar en el amor una cosa fugáz, como todo lo que vive.

Roberto se abstrajo.

Pareció como que escrutaba con la mirada en el corazón nebuloso de los tiempos. Haciendo historia:

—El Marido, tirano secular, comprendió que no podía someter al yugo de la constancia los sentidos de la mujer libre. Encarceló sus órganos en el cinturón medioeval, mientras mar-

chaba al combate. Ubicó entre sus muslos el ídolo del Honor, el sofisma romántico de la Virtud, impostura fisiológica que domina al mundo; y provocó en el alma dúctil de la eterna sacrificada, la emulación de su suicidio sexual.

En nombre de un hipócrita idealismo, le impuso con ferocidad de carnívoro, el prejuicio de la Virginidad; estímulo hirviente del sensualismo salvaje, cantárida sádica cuidadosamente preparada en ofrenda á la perversidad de su egoísmo. Sacrificó á la mujer en su provecho. La condenó á la abstinencia. La hizo enorgullecerse como de un triunfo de la castración inícua, de la muerte del sexo, de la ignorancia inhumana del deleite, ese don de los Dioses, que nos hace entrever un instante los Paraísos á través de un fugitivo relámpago!

El Marido, el macho legal, fué secundado tenebrosamente en su obra por una religión contra-naturaleza, inquisición de la Carne, aberración idealista que se extendió sobre el mundo como una lepra! Hidra mortífera que en vano pretendieron ahogar en su harapienta cuna los brazos atléticos del paganismo, para vengar á los dioses para vengar á la Vida!

Credo de odio, blasfemia contra to-

do lo que existe. Afrentó con una marca de barro de las Catacumbas la frente luminosa de la profética Safo, llamando cortesana á la creadora del Amor, Diosa de la Poesía, madre del Sentimiento; ¡amante suprema inmolada en aras de Faón! Se arrastró torpemente para hincar su mordisco de venenosa impotencia en el talón de Aspasia, doblada sobre las rodillas de Pericles con un gesto de elegancia genial que dibuja en la Historia su imperecedera silueta. Convirtió á Epicuro, embriagado sensualista, en un cerdo burgués. Revolcó en el fango la Voluptuosidad, estremecida, arrancada del Olimpo, manchándola, vilipendiándola. Se ensañó con la Belleza. reclamo del Amor, como si hubiera querido vengarse de todos sus triunfos de la Grecia, en su sed invertida de maceración y de clausura. Ultrajó á Vénus, y habría hecho revivir á Friné, ante la que se arrodillaron los griegos, para encomendar á la Hoguera el vértigo alucinante de aquellos encantos asustadores. Renegó de su fundador, cuyo Código interpretaron impíamente los falsos abogados de su Ley, pues Él se sentaba en los banquetes, rodeado por los racimos de la vid, y amó como un hombre: Hermo-

so judío calumniado, convertido en eunuco por su Religión!

La Secta iconoclasta modeló la síntesis de todos los rencores cavernosos del hombre contra la mujer. Soñó la Béte Noire de la Escritura. Lanzó sobre la que no ha cometido más crímen que el de sentir como el hombre, el anatema de los cenobitas. la cólera furibunda de los Padres de la Iglesia. Amparó al Marido consagrando la esclavitud de la sometida. Justificó todas las persecuciones, todas las violencias inauditas del *Màle Originel*. Llamó *flaqueza* á las energías reproductoras de la carne de la mujer, á la generosidad de sus deseos, á la oferta inefable de sus sentidos!

Evangelio, mientes! El sexo frágil es el sexo estóico. La mujer castiga, cruel, injusta, con los disciplinazos de la Castidad, aberración homicida idealizada por la ley católica, sus carnes laceradas por las rebeliones frenéticas del Genio de la Especie. Más realista que el rey, defiende contra sí misma el interés erótico de su opresor depiadado. Ella, cumple vulgarmente, heroína obscura de la penitencia cristiana, junto á la tentación, frente al ataque, la regla titánica de los soñadores del Cielo que dejaron al mundo la celebridad ascética de su nombre,

por haber domado estérilmente en sus retiros de anacoretas, al Mónstruo de la Vida; sostenidos por la Oración, la Soledad y el Ayuno!

Mucho le será perdonado á la mujer, porque ha renunciado mucho!'

La Literatura se unió á la Religión en la obra de idealizar el Sofisma, las cualidades negativas impuestas à la víctima del hombre, como su laurel irreemplazable, como la excelencia de su sexo. Dante y Petrarca representaron con sus amadas incorpóreas, la mujer sin sensualidad, el mito de la mujer pura, esa abstracción del espíritu cristiano.

Los poetas, en coro, encomiaron la *Virginidad*, la *Pureza*, *el Candor*. Fué un Olimpo invertido de sombras paradojales. La Castidad ocupó el lugar de Vénus.

A imitación de San Agustín y de San Pablo, los rimadores fulminaron con su cólera de machos á quienes irrita la rebelión, á la inflamada sacerdotisa de Safo. Vigny la llamó: Niña enferma doce veces corrompida! Musset la maldijo. Heine la acribilló de rencorosas ironías. Shakespeare la anonadó con su sentencia.

El petulante Honor, alma del Teatro Español, es todavia en la civiliza-

ción latina un Dios terrorífico que se aplaca con sangre....

Un vocabulario de denuestos acoquina de pánico el deseo de las amorosas próximo á despuntar....

El Macho, la Religión, el Genio, todo ha conspirado para negar sentidos á la mujer, para hacer de ella, mientras el hombre se rebela al yugo, la encarnación del misticismo, la anacoreta de todas las épocas, la expulsada llorosa de los Paraísos Orientales!....

Roberto hizo un alto. Humedeció sus labios en una copa de champagne. Soñó:

—Era el principio de los siglos..... Extendida en el frío lecho de la Esposa, hollado su derecho de amar, sujeta á la impostura ignominiosa del Deber, á la opresión artera de la Virtud, la Esclava del Hombre, esperaba...

Entonces, frente al Marido, adusto conservador, ornada la frente por la diadema de un invencible prestigio, se irguió el Amante, símbolo de las caricias, tierra prometida de la Sensualidad. Lucifer olímpico, hijo de la Belleza, extendió á la carne torturada de la Mujer sus brazos de redentor. Fué Páris, fué el trovador florido, bohemio sentimental que mariposeaba alrededor de las ceñudas torres, prisión de la Castellana. Fué Macias, colgado

de una almena. Fué Abelardo, mutilado, arrancando á las fibras de Eloísa, la sublime encendida, un grito anárquico de rebelión amorosa que desarraigó la Edad Media!

Ella, la Querida, se incorporó llamada por la sirena del Deseo. Entregó la boca...Heroína de su ternura, desafió á su señor. Se ofreció á la muerte. Selló el Amor Libre con la sangre de su Calvario sensual, y se llamó Francesca: pagana enardecida que abandonó, sonriendo, las delicias cristianas de la Resurrección en los nimbos azulados, para enroscarse, convulsa, al cuerpo de su Paolo. Estrella relampagueante de los círculos tenebrosos, rival vencedora de Beatriz en la Epopeya apocalíptica del genio místico á quien donó la Gloria! ¡Luz del *Infierno* que hace palidecer el *Paraíso*!

La lucha del Marido y del Amante no ha cesado jamás. Enemigos infatigables, dejan en la historia de la mujer, un rastro de sangre y de odio que se prolonga á través de los siglos...

Si el Marido fué ayudado por la Religión, el Amante ha tenido de su parte el génio oculto del Paganismo que no pudo morir y que convirtió la concupiscencia grosera de la Escritura, en el divino pecado de los poetas! El por-

venir es del Amante, que triunfará con la Anarquía!

Roberto terminó su página. Nos quedaba una duda:

—¿No cree usted que la tendencia del macho por acaparar á la hembra, encierra una ley próvida de la Naturaleza, una necesidad vital, pues, como se sabe, la mujer, que se entrega á muchos hombres no reproduce?

—La reproducción, para la mujer, representa el sacrificio del individuo en el altar de la Especie. En otros tiempos se la forzó á sacrificarse. *La Adúltera* fué ametrallada á pedradas por la cólera rufianesca de la moral colectiva. En los pueblos salvajes, cuando el marido sucumbía, su mujer era enterrada viva junto con su cadáver. Semejante ceremonia es el símbolo potente de la imposición instintiva hecha por el hombre á la mujer del sacrificio de la reproducción. Debía seguir hasta en la muerte al macho único y fecundo.

Hoy que algo hemos progresado, que se habla de que es tiempo ya de separar las cosas del amor, de la violencia, de la injusticia del crímen cenagoso, ¿impondremos á la mujer, por la fuerza, por la sugestión del sofisma, por las persecuciones del desprecio, la inmolación de su individua-

lidad, de su fantasía, de sus crispaciones, de sus espasmos?

Si quiere ser la *Amorosa* ¿estamos autorizados á negárselo? ¿En nombre de qué principio de moral libre confiscaremos la autonomía de su persona, la propiedad de su carne, la expansión gozosa de su vitalidad? ¿En nombre de qué redención la cubriremos de ultrajes, la asesinaremos, en fin, si se rehusa á dar su fidelidad en tributo á las sociedades, si niega el concurso de su pasivismo abnegado á la obra de la reproducción que pesa sobre ella como una injusticia innata?

Los Griegos resolvieron netamente la cuestión recluyendo en el Hogar á las reproductoras que elegían sanas y robustas, haciéndolas dedicarse exclusivamente á hilar y á cuidar de los hijos. Ellos, los egoístas, consagraban, entretanto, las horas á las bellas intelectuales del tipo de Aspasia. Las esposas, como los esclavos, eran los resortes ocultos de aquella brillante humanidad que vivía de su sometimiento.

Según cuentan los historiadores, Pericles, el acariciado de Aspasia,—decía á las matronas que el más risueño galardón de que podía la mujer enorgullecerse, consistía en dar su

tributo de hijos á la Patria. La palabra del gran amante era una recompensa y un estímulo para el sacerdocio de las enclaustradas

Aquellas matronas, aquellas espartanas, como las romanas austeras, no amaron, no fueron mujeres. Vestales de la religión de la Patria, férreos corazónes de guerreros, inexorables Juno, indómitas para el deseo, sin el desmayo de la ternura, que amamantaron en sus pechos á los ciudadanos. Ellas encarnan en la historia de la mujer pagana la tiranía ególatra del sexo combatiente. Lucrecia, mártir de la *Virtud* antigua, se inmola con un gesto épico de renunciación sobrehumana, á la soberanía reconocida del Macho.

La Moral Anárquica, pura como el Éter, nada puede imponer. La más leve elasticidad de la astucia, la más ligera tensión de la fuerza, sería el suicidio de nuestro armónico ideal.

Borremos, anarquistas, hasta el recuerdo de nuestra opresión nefanda de hombres, atormentadores de la mujer desde las cavernas.

Purifiquémonos! Libertémonos!

Supremo dolor de crear por el que la mujer ha sido apuñaleada por nosotros! Tributo de sangre y de torturas en aras de la Especie, que le hemos

arrancado con sangre y con torturas!

Hagámonos perdonar nuestra ignominia de todos los siglos, nuestra cólera exterminadora, ominoso carcelero, que rechinaba, celosamente, los dientes al lado de la presa...

Nada podemos exigir á la eterna ofendida. Supliquémosla!....

Ella, que abandonó por el hombre ingrato, por su asesino, el Paraíso de la leyenda, que lo abandonaría de nuevo, como dice Musset, por seguirlo y por consolarlo, por morir sobre su corazón, no se resistirá....La Fidelidad, si bien no dura, si bien instable, existe. Cuando la mujer sea libre, la Vida lejos de morir, será más bella. ¿La veleidad inquieta del deseo no esconde, tal vez, la ley de renovación de la Naturaleza? Nada se detiene. Todo bulle y se transforma en el laboratorio de Proteo de sus laberínticas elaboraciones. Exacta, infalible, pero sutil y complicada!

Nuevos moldes, nuevas armonías, nuevos entrelazamientos, nuevas formas, busca con turbulento afán el génio afiebrado de la Naturaleza en los anhelos del Hombre y de la Mujer por la sensación intensa qua agota la repetición del mismo beso, el frotamiento de la misma sensualidad.

Que la Vida, poema de palpitación

y de fuerza, no nazca pobremente de la inercia del contacto matrimonial, amanerada, trivial, burguesa, artificial casi, denigrada, marcada en la frente por el bostezo sacrílego que la engendró en los hastíos. Que surja estremecida, eléctrica—desgarrón de la carne—de la vibración extrema de los abrazos tempestuosos, de la fecundación inspirada, violenta, del rayo del espermatozoide precipitado con vértigo!

El Amor Libre es un canto á la Especie!

Roberto, de pié, con un gesto de proclama:

—Esclava del hombre, libértate. La hora ha llegado. Los eslabones de tu cadenas han sido entreabiertos por la Idea, nuestra sublime aliada. Un esfuerzo y éres libre.

No creas á la Virtud, no creas al Deber, no creas al Honor.

El Tirano te engaña para oprimirte. Rebélate!

Te pertenecen como al hombre la Tierra y el Cielo. Son tuyas todas sus embriagueces. Corónate de rosas. Ama. Recoge á manos llenas la vida en tu regazo! La Tierra, nuestra madre, se estremece de júbilo al acercarse tu redención. No temas, hija de Vénus.

Los Dioses han renacido. Están presentes y te amparan.

Si tú éres, como afirma la lúgubre Escritura que te pisoteó por haber amado, la inventora del beso , la curiosa instigadora del placer, nosotros te bendecimos! Si nos arrebataste un Paraíso, fué porque tenías para ofrecernos, en cambio, el de tus brazos! Acércate, Voluptuosa.

Brindemos en el festín pagano al beso que descubriste, consagrado en todas las bocas que se te ofrecen... Nosotros insaciables, lloraremos aún tu infidelidad con lágrimas atávicas. Precursores, nos sacrificaremos. Sellaremos con nuestros celos, con nuestra sangre, el Evangelio de tu libertad deliciosa. Amantes, no queremos engañarte ni engañarnos. Te pediremos que nos ames hasta donde ciñan tus brazos, hasta donde alcancen las fuerzas de tu sentimiento, la resistencia de tus fibras, las energías de tu sensación. Acércate, confía. Tus fieles caballeros te defenderemos, si es preciso, en el torneo de la barricada, con nuestros pechos pujantes de amadores, y haremos tremolar sobre los vencidos arrodillados, nuestra enseña de guerra: los colores blanco y rosa de tu carne sensual!

Dos golpes dados en la puerta inte-

rrumpieron á Roberto. Entró un mensajero. Le entregó una carta El Amoroso sonrió:

—Letra de la Favorita!...

—Todo lo que se relacione con su emocionante aventura es de interés público. Comprometemos á usted para un tercer *Interview*, en el que hablaremos de psicología femenina. La pequeña anárquica nos interesa en el más alto grado.

—Con ella proclamé el Amor Libre! Cuando la libertaria desplegó ante el público, con arrogancia inaudita, su veleidad caprichosa, los sórdidos burgueses lanzaron un grito de triunfo. Sonrisas de felíz ironía florecieron en todos los labios. Me creyeron vendido, pisoteado por mi heroína que los vengaba. Inócua ilusión!

Yo dije á la volcánica Favorita, en el albor de nuestras caricias, que solo aceptaba en sus brazos la más expontánea comunión del sexo; que su menor sacrificio en aras de la fidelidad ofendería en mí al orgulloso, al anárquico. Le sugerí con imperio que se rindiese á su naturaleza, á la Naturaleza. - En mis brazos, en brazos de otro, no ha cesado un momento de ser mi bandera!

TERCER INTERVIEW

—

Roberto, se incorporó en el diván. El rostro del imtador de Hassán dibujaba en su lineas trémulas, en la opacidad de su mirar, un agotamiento de amor orgiástico, los estragos trastornadores de una noche heróica: ojeras borrascosas, pupilas dilatadas en que parecía retratarse todavía como el ánsia de retener las ráfagas de las delicias...

—La Favorita vuelve de su *bégain?* (1)

García de Zúñiga sonrió:

—Es una gata que araña mi puerta para que le abra...

Extendiendo una mano en que centelleaba como un constelación apiñada,un anillo antiguo, heráldico, nos

(1) «Bégain», en parisiense: efímero capricho sensual. Dicen las «boulevardières» de un hombre con el que han tenido un entretenimiento pasajero «J'ai en un «bégain» pour lui.»

mostró, sobre una mesa, un tropel febril de cartas revueltas: todo un archivo de amante coleccionado en horas...

—Permítanos usted,—dijimos con efusión—ilustrar al público poniendo ante su vista esos documentos milagrosos y carbonarios de amor libre, escritos por una mujer, lo cual eleva al paroxismo su mérito de propaganda. Espolearán en el espíritu de nuestras cloróticas, faltas de personalidad y de arranque, el sentimiento latente de la soñada autonomía. La carta de la Favorita que conoce el público, fué acogida en los círculos anárquicos con una fiebre de regocijo. Se la reconoce una obra maestra de convicción y de valentía!

—*Trés volontiers*. Voy á presentar á usted esas cartas por órden de fechas. Y con una sonrisa en que se traicionaba un matíz de orgullo por el talento de la discípula, el Doctor en Anarquía y en Voluptuosidad, se orientó en las cartas de la *traviesa*:

—Primera carta dijo: Proclamación de los derechos de la mujer!

Señor Roberto de las Carreras.

Mi buen amigo:

Es usted un hombre lleno de queridas en

Buenos Aires. Le previne que lo sabía. ¿No es según usted la mujer tan libre como el hombre? No son esas las máximas anárquicas, las prédicas de Kropokine? No es usted su más decidido misionero?

¿Tú no me repetiste millones de veces que tú creías que la mujer, si el amante le era infiel, podía serlo también ella?

Tú me tratabas con frialdad. Yo era apasionada, vehemente, te idolatraba; pero, ¡pensar que tú vivías con otras mujeres! Juré no perdonártelo, y así lo he hecho.

Te saluda,

Berta.

Segunda carta presentó el Maestro. Divorcio anárquico planteado por la discípula.

Tentativa de provocarme celos, con fines de aproximación amorosa:

Mi ex-querido oficial.

Roberto:

Me voy á Europa. Si quieres tener alguna aventura conmigo, avísamelo con tiempo. Creo que el divorcio legal es una cosa enteramente burguesa, anti-anárquica.... Supongo no caerás en esa debilidad, tú el caballero de sangre azul y de corona de amantes!

Fuiste anarquista. Continúa siendolo. No reniegues. Me aseguraste que te atenías á las consecuencias de lo que predicabas....

Yo voy á Madrid, á ser felíz ó desgraciada. «Chi lo sá!» Tú sabes mejor que nadie lo que voy á buscar allá!....

Te saluda tu ex-querida oficial,

Berta.

—Cuarta carta: La discípula continúa fingiéndome con artera coquetería, un viaje á Europa:

Estimado amigo:

Anoche le escribí. Como no he recibido contestación á mi atenta carta, le envío ésta para que no vaya usted á imaginar que he prescindido de su parecer en lo que respecta á mi viaje á Madrid.

Está usted en un error si se ha figurado que voy en busca de alguna persona. Voy solo á distraer mi jòven imaginaciòn en esa ciudad antígua de chulos, chulas, toreros y verbenas. No voy en busca del «chulo» que usted piensa, pues aunque sè, lo mismo que usted, que serìa muy felíz á su lado, no quiero ser yo felíz mientras hay en el mundo una persona que lloraría eternamente mí ausencia, sin con uelo....

Queda usted sabiendo que su ex-amante se embarca mañana para Vigo, en el «Cap Frío», desde donde se trasladará á ese Madrid que.... tantas joyas inestimables contiene.

Lo saluda,

Su amiga.

—Quinta carta: La Gata araña mi puerta...

Mi amigo Roberto:

Creo poder llamarle así estando tan próxima nuestra reconciliación, la cual se efectuará, lo preveo, á bordo del «Cap Frío . Yo me embarco mañana ó pasado, aún no lo sé. Es seguro que tù al saber que yo parto, resolverás también tu viaje, fingiendo una resolución de pronto cuyo fin no será otro que privarme de ir á Madrid....

ó porque no puedes estar lejos de tu «queridita» adorada de otros tiempos.

Espero que me contestes. No creo te halles tan abatido que no puedas escribir....

Berta.

—Sexta carta: La Gata finge huir y, á la vez, promete... Deja oír un *miau!* mimoso y suplicante:

Estimado amigo:

Esta tarde, á la una y media, me embarco para Europa. Voy directamente â Vigo, y de allí á Madrid. Usted me ha escrito, al fin, diciéndome, que imitando á Hamlet», me de este consejo: Vé á hacerte artista!»

Puede que recurra á mis condiciones de artista y puede que no.

Dejo á Raúl. Vé á menudo á verlo, que es hijo y retrato tuyo. (Ahí no hubo fraude).

No se te han cicatrizado todavía las heridas que te he causado?.... ¿Para qué están los besos de la queridita sino para cicatrizar?....

Contéstame antes de la 1 1|2 cualquier cosa.

—Sexta carta: El Maestro se dirige á nosotros con exquisitez: Luego de haber leído la *traviesa* el primer reportaje que tuvo usted la deferencia dededicarme en la brillante hoja *La Rebelión:*

Señor Roberto de las Carreras.

García de Zúñiga, Príncipe de la Aldea:

Lo saluda con la debida consideración y le

pide á usted, rey del «esprit» y de la oportunidad, permiso para hablarle, esta humilde, pero honrada mujer.

Deseo tener una entrevista con usted ó con alguno de sus ministros (1), para tratar de una cuestión concerniente al estado.... de nuestras cosas.

Yo me conduzco siempre como una heroína de novela elegante. Pretendes que soy tu discípula. ¿No es verdad que habrías dado cualquier cosa porque la discípula no te saliera tan adelantada?

Si viviera Clara, tu madre, comentaría con ella al indiferencia que finges. Ella me calmaría diciéndome: Amantes como ése he tenido millones!

Si quieres á Raúl, te lo entregaré; pero antes quiero hablar á su Santidad y pedirle de rodillas.... que se quede usted en su casa y yo en la mía.

Ahora seremos dos las grandes señoras. ¿Qué te parece?

—¿A qué alude ese elegante alarde?

—A que, en una carta, á mi hermano materno Raúl García de Zúñiga, yo proclamé á mi madre: «Ha sido la única gran señora de este pueblo. Paseaba insolentemente sus conquistas por la faz de la miserable aldea!»

La Favorita ha imitado á mi madre, á la que yo rindo el culto de una exaltada devoción, para engrandecerse á mis ojos...... Como

(1) La Favorita se refiere á los señores Francisco C Aratta y doctor Domingo Arena que intervinieron en esta sensacional aventura.

todos han visto, ella ha paseado también insolentemente su conquista por la faz de la miserable aldea!

El Doctor sonrió con su fina ironía:

—También ella ha sido una gran señora...

Zúñiga apuró la sabrosa epístola:

Te saluda de rodillas ó de espaldas, como tú quieras.

Berta.

—Soberbio! nos salió del alma.

—La pequeña se hace leer,—comentó modestamente el Iniciador.

—Séptima carta. La Gata, empuja audazmente la puerta con el lomo:

Mi amigo ó mi enemigo, lo que tú quieras ser:

¿No quieres hablar conmigo? ¿Tienes acaso miedo de que te domine todavía? No creo que así sea, pues tú has declarado en el «Interview», que me has fascinado....

Yo necesito hablar contigo siquiera un cuarto de hora. Deseo comprobar que me dominas.... Si no accedes, creeré que temes que sea yo quien te domine á tí....

Deseando se te cicatricen pronto las heridas, te envío el mejor remedio: la antisepsia de los besos. Si no los quieres aceptar, harás como esos heridos que no creen en la antisepsia y se dejan comer ó curar según la enfermedad lo desee.

Contéstame si me quieres hablar ó no. No te hagas el fuerte. En el fondo deseas la reconciliación, hasta me la pides, puede decirse que de

rodillas, no porque no puedas vivir sin mí; nó! sinó porque temes que vaya á ser feliz á la capital de España!

Berta.

—Octava carta, en contestación á una mía de reproches.

Amigo:

Extraño mucho la resurrección de Lázaro en estos tiempos del siglo 19 ó 20.

No he vuelto á unirme. Yo soy libre; tú, un simple, gran amigo.

Espero que me contestes por el mensajero.

Te saluda quien irá á mejorarte de tus heridas.

Bertita.

—Novena carta. Con refinado arte de amante vuelvo á incomunicarme en un riguroso silencio, exitando el deseo de la Favorita...Me llama desenfadamente á una cita tratando de conmover mi debilidad de padre:

Queridito:

Tengo urgente necesidad de hablarte. Raúl está muy grave.... Deseo también referirte un gran escándalo social: Cierto ministro de una legación americana ha encontrado á su mujer infraganti con su secretario y le ha disparado dos tiros. Parece que ha querido después envenenarse románticamente con fósforos, por amores contrariados.....

Espero hablar contigo esta noche. No vayas á mostrarte burgués, queridito. Sé anarquista.

¿Quieres ó no? Nos reiremos mucho del buen diplomático y haremos una elegante orgía.
Se despide.

La Chiquita.

—Confieso que esta chiquilla me entusiasma, declaró con énfasis Roberto. Mi discípula en Voluptuosidad, mi discípula en Anarquía, mi discípula en Literatura! Es una naturaleza legítimamente original y creadora. Se le abren dos caminos: La Literatura ó el Teatro.

—Ha satisfecho usted el deseo de la gatita? preguntamos, dirigiendo una discreta mirada de soslayo á las ojeras insondables del Amoroso. Fué conmovida su debilidad de padre.. ..

—Era media noche. Fumaba yo un cigarrillo turco, evocando perezosamente en los devaneos de las auréolas efímeras, morbideces de mujer, mirajes alucinantes de una fantástica lujuria. Cerníanse á mi alrededor las hadas del humo.....

Suena un golpe en la puerta del cuarto contiguo, suena en la pared, vuelve á sonar en la puerta. Se habría dicho una sesión de Espiritismo al que soy tan afecto: *des esprits frappeurs*! Me levanto. Me acerco á la puerta. Silencio. De repente, una voz cuyo tim-

bre me es familiar, canta á la sordina ...

La voz se interrumpe.

Un nuevo golpe dado á la puerta, no me deja duda de que se trata del espíritu burlón y encarnado de la Favorita. Gusté de aquella audacia.

—Roberto, me dice la *traviesa,* desde el otro lado de la puerta. Me vás á matar? Si me vás á matar abro lo mismo!

—Abre. No temas. García de Zúñiga no ruega á ninguna mujer, pero, se abandona á todas aquellas que solicitan los favores de sus armas corteses...

Entró. Un pilluelo. La nariz *retroussée*, rabiosamente parisiense, las alas abiertas, olfateando el Amor. La cara, un rayo de malicia; un chiste. Los ojos, dos almendras exactas; alargados, sombreados, mordaces, juguetones, chispeantes. Una cintura que podría caber en un círculo formado por los dos pulgares y los dos anulares. ¡Una paradoja como madre!

La cabeza dorada, rizada, de cabellos cortos. Un sombrero grís con una bandada de pájaros volando bajo el ala.

Se acercó á mí. Buscó la expresión de mi rostro. Engolfó sus bra–

zos entre mi chaleco y mi saco, envolviéndome cálidamente por debajo de las axilas.

—Te he engañado, Roberto, pero no puedo vivir sin tí! La *Chiquita* te adora!

Se abalanzó á mi boca, poseyéndola, abarcándola con un gran mordisco clavado, fijo. Sentí su lengua... carnosa, dura, húmeda de licor viscoso. La agitó, trémula, en mi boca; impaciente, con prisa; febril por evocar al macho, segura de que mi sensualidad despierta sería su Victoria... Me ablandó, me reconquistó hasta el fondo de los sentidos!...

Fué como cuando después de una inmensa fatiga, aflojamos exquisitamente nuestros miembros en la pereza de un lecho.... Mis nervios crispados por el dolor, comprimidos como por una inexorable muela de hierro, se distendieron con una impresión de delicia, de inefable alivio...

Ah! la amante que nuestra boca desesperadamente nostálgica, ha creído perder, que después de haber entrado en nuestros huesos, en nuestra sangre, ha huído, dejándonos la obsesión de sus caricias irreparables, y que, derepente nos empuja con su pecho, nos incita, nos ruega, se res-

trega, espirante, contra nosotros!...

Nos perseguíamos, nos chocábamos, nos buscábamos hasta el fondo de la boca!

El lecho, enceguecido enagenamiento, se ofrecía...

Nos desvestimos el uno al otro, con violencia, arrancándonos las ropas que arrojamos, dispersas. Nos tiramos sobre el lecho.

Al colocarla, ella, con una supreprema sed de espasmos en la mirada:

Que dure mucho... mucho... mucho!...

Enseña Bylitis: El amor no es un pasatiempo. No es ni siquiera un placer. Es un trabajo áspero, una tarea ímproba, un esfuerzo temerario que rinde. Amante, no descanses, no duermas! Que batan furiosamente tus sienes, que la fatiga desarticule tus miembros, que una barra de fuego, lacerante, atraviese, implacablemente tus tobillos! No pienses en gozar. Haz gozar! Sacrifícate, y podrás decir que éres un amante!

Yo recordé á Bylitis. Con un esfuerzo sostenido, hábil, empujaba una y mil veces hasta el choque de la sensación, á la querida que se abría deliciosamente debajo de mí. Tocaba el cénit. Desmayaba. Yo la

arrebataba de nuevo. La cabeza flotante, desgajada, ella se abandonaba al enloquecimiento de la ascensión!...

Batía convulsivamente los dientes con un ronco estertor... Se crispaba. Su goce estallaba!

—Más! Más! Más!

Con una potencia olímpica de sensaciones, con un vigor sin fondo que hundía á la derrota, como espoleada por el vértigo de perseguir al placer hasta en sus últimas resistencias, para anonadarlo, para extinguirlo, su carne buscaba exasperadamente mi carne. Yo, sudoroso por el rigor de la épica lucha, invoqué á la sensual Afrodita, pidiéndole hiciera descender sobre la médula de su sacerdote todas las potencias de su afrodisíaco imperio, sosteniéndolo en la ruda labor de su sagrado Rito. Con el nombre de la Diosa en los labios, rechazaba, frenético, la desordenada acometida de aquella carne pujante, moviente, victoriosa de la fatiga, ágil, que escapaba, volvía, culebraba, mordía, en la que yo ahondaba con erótica cólera, en la que hubiera querido penetrar yo, por entero!

Combatíamos, reñiamos, encarnizados, anudados, inexorables, ciegos!

—Entrégate todo, dáme tu sangre!

Las entrañas, estremecidas por aquel grito, sentí que mi sér se fundía, se derretía...

Ella, los ojos entornados, esbozaba una sonrisa en la beatitud de un éxtasis...

Con una voz remontada, etérea: Eres espléndido!...

Me eché á su lado. Cerró los ojos y dí gracias á la Diosa. Despertamos de nuestro breve sopor.

Enroscó mi brazo derecho á su cuerpo. Se acurrucó:

—Así... así... así...

Un minuto pasó. Clavó en mis ojos sus ojos fijos, desmayados, como haciéndome beber su deseo. Su cara se desencajó retratando una vehemente súplica muda...

Febricitante:

—Tú, sobre mi...

Yo tuve como el ánsia de *enfoncer* al *otro*, cuyo recuerdo traspasaba mis fibras y daba un amargor agudo á mis delicias:

—Tóma mi sangre, tómala toda!

Me erguí apoyando mis dos puños sobre el lecho, alzándome con un esfuerzo. Sin cesar de oprimirla:

—¿Cual de los dos te ha hecho más feliz?

Ella clavada en el lecho, entró en mis ojos su ansiosa mirada:

—A tí te quiero!

El insomnio rojo palpitaba...

Francesca... Cleopatra... Bylitis... Flotaban alrodor nuestro las imágenes candentes de las Amadoras...

Llegó el alba.

Ella prorrumpió: Me quieres, me quieres lo mismo que antes?

Yo, con un rencoroso despertar del macho, duramente:

—No!

Ella estaba sobre mí. . Me tiró los brazos atrayendo suavemente mi cabeza por debajo de la nuca; se echó toda, sobre mi pecho. Su cabeza caída sobre mi costado, como queriendo esconderla en mi axila, me golpeó desesperadamente con el rechazo convulsivo de un sollozo. Con una efusión de su monería, entre el llanto:

—Tu tuvíste la culpa... Tú me habías dicho siempre que el amor libre es una cosa tan linda... Quise probar...

Yo, sonriéndole:

—Porqué lloras, anárquica? La propiedad de tu cuerpo nadie puede disputártela. Eres dueña de tus placeres, libre de amar, de gozar á tu antojo...

Ella, con un despertar enternecido de la esclava de amor, desolada con la nostalgia del disipado yugo:

—Yo te he robado, Roberto! Yo era tuya... sólo tuya!

Le aferré la boca con un beso largo, insistente, profundo. Consolándola:

—Me tomas por un burgués? Yo soy el misionero del Amor Libre. . el discípulo de Kropokin... Seremos siempre amantes!...

—Pero, me querrás?

Yo, con coquetería:

—Como antes, no...

—¿Y si yo te pidiera de rodillas que me quisieras?

Se arrojó del lecho. Se arrodilló. Juntó las manos suplicantes. Con su carita de gata, los ojos mojados:

—Yo te pido que me quieras un poco, nada más que un poco... ¡un poquito!

Volvió al lecho. Se acurrucó. Me estrechó. Se agitó:

—Yo haría una penitencia... Dormiría á la intemperie... Lo que tú me impusieras... No me querràs?... No?... No?... Meneaba su cabecita.

—Te querré .. sí... sí... le dije succionándole el lóbulo pulposo de una de sus orejitas.

—Vámonos, Roberto. Vámonos lejos... Llévame á Europa, escondida en el camarote...

Se tiró del lecho, la rosada camisa

flotante. Tirandola por detrás se la ciñó al cuerpo. —Mira que bien formada soy... Verdad que no me parezco á las uruguayas?

Yo sonreí, como esteta y como parisiense, ante aquel ágil cuerpo de efebo, el pecho falto aún de desarrollo, prematuramente cansado por las borrascas de la sensualidad; pero, el vientre intacto, la cintura exigua, las piernas de tobillos finos y pantorrillas voluminosas, que, en ese cuerpo ligero, eran toda una sorpresa de carne pidiendo la dentellada!

—Mira mis brazos. Y se golpeó uno contra otro sus brazos nerviosos, tendiéndolos.—Tienen músculo! Crispó una de sus pantorrillas y se destacó briosamente debajo de la piel, la fibra esculpida. Se explicaba por aquella envoltura, su pujanza para el placer, sus abrazos en los que parece encontrar nuevas fuerzas, su celo poderoso de leona!

Puso en mi mano uno de sus piecesitos *mignons* de uñas agudas, encorvadas, de gata.

—Mira que piecesito tan lindo!

Lo besé con mimo.

—Vamos á almorzar juntos (con picardía) ó prefieres que me vaya?...

Una camarera nos sirvió en la habitación. Envolví las piernas de la

Favorita en una manta y la senté á la mesa, desnuda, palpitante en su camisa color de rosa.

Ella:

—Sírveme en la boca.

Mordí una aceituna y se la puse entre los dientes.

—Otra...

Después de chuparlas, las deslizaba lujuriosamente en mi boca. Yo se las devolvía. Ella las sorbía con fruición, los ojos desmayados... Jugueteaban nuestras lenguas.

Le ofrecí un beasteff.

—Pásale antes tu lengua!

Tuve esa galante complacencia. Devoró la presa con avidez!

Concluído el almuerzo:

—Quiero fumar como las francesas!

Encendí un cigarrillo. Luego, se lo dí á ella en la boca.

Fumaba con torpeza, estirando los labios, chupando el cigarro, aturdida por el humo que se le escapaba á los ojos.

La puse sobre mis rodillas, en su desnudez airosa, los rizos rubios desordenados, embarazada por el cigarrillo, fingiendo echar el humo con desenvoltura... Una expresión de malicia acariciadora... Tiró el cigarro. Me abrazó estrechamente:

—Rrrico... Rrrico...

Me miró con ojos hipócritas:

—Vamos?...

La alcé. La descargué sobre el lecho. Puse en pié las reservas. A mi, Afrodita!

Con su expresión desmayada, con sus ojos caídos, volteados, me entregó la boca, blanda...

Rechinó los dientes, traspasada de sensaciones! Se revolvió con furor, mordiéndome famélica, hundiéndome en los flancos las uñas afiladas!

Se retorció como en las angustias póstumas con que se arroja el hálito. Batió, en desórden, la borracha cabeza, desesperadamente dichosa!

Me atravesó los oídos con un monólogo de gritos epilépticos, iutermitentes, repentinos, incisivos, prolongados!

Me aferró los hombros con sus dos manos eléctricas, me sacudió:

—¡¡Querido!! ¡¡Querido!! ¡¡Querido!!

Rodé junto á ella, exhausto, la cabeza de plomo, martirizado, febril, sintiendo despedazarse mi carne, zumbar mis oidos; envuelto en el tumulto de un oleaje de fuego que atronaba mi cráneo!

Bylitis, consejera del placer, sublime maestra, he cumplido extrictamente tus ritos?

Como sus ánsias me lo exigían, le he dado toda mi sangre, pero, nada puede colmar el deseo de la iniciada, inagotable servidora de Vénus!

Semejante triunfo es superior á las fuerzas humanas de tu sacerdote. El cuerpo de esa pequeña pantera, entregada al sueño, quema, en las noches, como un contacto incandescente. Oh Bylitis, es tu santuario! Arde en él la lámpara del Templo....

Estoy rendido, oh maestra, después de la justa en que inflamado de fanático celo, observé tus enseñanzas imperiosas, tu augusta disciplina, tu inexorable regla de Amor!

Ah!.. no podré conservar á la poseída de tu devorante llama, no podré domar con todo mi heroísmo, con toda mi abnegación en el deleite, los ímpetus sagrados de sus sentidos en convulsión. No podré ahogar en la ola bullente de mi erótica sangre, sus homéricos arrebatos, su frenesí de Diosa! Espiraría en el esfuerzo, abandonándola á mis rivales!

Bylitis, estrella de los deseos, númen de los amorosos, ayúdame, prémiame... Siento escapar la Gloria!

Me abandoné en las sombras de mi desgarradora extenuación, á la felina que me acosaba sin trégua, ensañándose. Sentía su lengua viborear en mis encías; su mano que pretendía arrancarme la carne á puñados, despegándola de los huesos! Sus dientes, hincarse, enconados, en mis brazos, en mi pecho, en mis costados; sus labios absorberme el labio como para exprimirle la sangre; su boca, aspirarme, llenándose de mi carne dolorida... su vientre, frotar contra mis muslos la agonía palpitante de los espasmos!

Me revolví. Busqué con la mano trémula su centro de placer. Vibró como si hubiera zigzageado en sus nervios el choque convulsivo de una pila!

—Aaaaaah!... Aaaaaah!...

Más!...

—Te haría morir!...

Moviendo su cabecita con inefable coquetería:

No hagas esa caricia á ninguna otra mujer. La harías feliz!

Yo la escruté en el alma:

—Tú debes haberla enseñado al *otro*..

Soltó su risa de dientitos *mignons*, deliciosamente pilluela:

—Si!...

—Ah!!... bandida, golosa, ¡y me

pides que te la reserve! Pretendes absorber?... Esclavas, os daremos la Libertad pero, no el Imperio!

Enloquecida, quiso arrastrar todavía mi mano:

--Házme morir... házme morir .. queridito!

La envolví con mis miembros, la acurruqué, la inmovilicé. Con galanteria :

--Me has vencido.

Olvidó el placer, electrizada por su rayo de travesura:

--No te avergüences, Roberto Yo soy capaz de derrotar á los más grandes generales! Soy tan potente! Sabes lo que me gustaría? Tener un Harem de hombres! Tu serías mi Favorito... El *otro* tu homónimo, mi segundo Favorito...

—Hum!...Hice yo.

Tú no éres bien anarquista! El burgués te tira... Sé anarquista!

Me gustaría también tener tres ó cuatro amantes, ir á una orgía, y que en ella, mis amantes, borrachos, se confesaran, unos á otros, sus relaciones conmigo, que fueran italianos y se despedazaran con los estiletos!

Yo, ébria de champagne, me encharcaría en su sangre... Como me reiría de ellos!

Yo voy á acabar por reconciliaros

á tí y al homónimo... No le comparo contigo... Tú éres más elegante!

El ha leído tu Sueño de Oriente. Le gustó muchísimo...

--Debe haber aplicado, dije, mi erudición voluptuosa...

—¡Es tu discípulo!

--Yo soy una fiera, Roberto. Soy capaz de acostarme con él y contigo al mismo tiempo. A tí te pondría á la derecha... Tú no me permitirías qué yo fuera de los dos? El me paga la casa y tú los vestidos. Déjame que viva con él y lo haremos á su vez, marido...

Yo me paseaba echando humo escuchando con risas á la *traviesa*. ¿Qué no se perdona al esprit?

—Ven, Roberto, ven. Te voy á decir una cosa linda para que pongas en el libro: AMOR LIBRE. Acercáte...acércate...Yo no puedo hablarte de léjos.

—Siéntate, aqui, en la orilla de la cama. Abrázame. Así......Vamos á hablar con talento.

--Para mi los hombres son unas rameras Siento necesidad de burlarme de ellos, de hacerles mal. A ti te he sido infiel por gusto de hacerte daño, de pincharte....Esto me vendrá desde las cavernas?

En mi Harem tendría á los hombres desnudos, colgados, como cuadros.

Los tendría alfombrándome el suelo, gordos, bien cebados, y al entrar, los pisaría, los hundiría, les pegaría con el taco en la cabeza!

Yo tendría á los hombres para que me dieran placer. Tu homónimo: Un chulito que hace el amor á la española, me gustaría á una hora... Roberto de las Carreras...Ah! ¡Ese es una gran *cocotte*, una prostituta francesa de alto vuelo, un refinado!... Lo mandaría buscar á otra hora...... Me gustaría tener un amante muy rico para un aturdimiento de cuatro ó cinco días, para una orgía estrepitosa: Champagne, teatros, paseos en coche....Despues, lo dejaría.

Me gustaría un amante para un mes. Otro para un año. Otro para quince dias.

La engañadora sonrió: —Tú, para siempre!

—Tiene gracia la chiquita? No es verdad que yo te hago mucha gracia queridito? Te gusto mucho, verdad? No te domino sinó que te ablando.....

Oye: Una mujer no puede tener un capricho? Tú no me decías siempre que te reservabas un *veto*, que cuando la ocasión te lo permitiese te ofrecerías una mujercita *extra*? Pues bien, yo me he ofrecido un hombrecito *extra!* ¿Qué tienes que decir? No

hacía lo mismo tu madre? Yo te he hecho á tí lo que tu madre le hizo á tu padre...Ah!...Cuando te ví aparecer aquel día!...Ví la muerte!

Quieres que te diga de qué color es la muerte? Es rosada! Ví un velo rosado delante de los ojos.....

Me parece, dije yo con severidad, que pudiste omitir una série de disimulos que no se hayan comprendidos en las máximas de nuestra madre, la Anarquía.

—Lo comprendo Roberto, pero es así el *capricho*. Hay que hacerlo á escondidas.—Es así que tiene gusto... Es la *robadita*....Además yo no quería dejarte. Dejarte?...¡Jamás! Habríamos partido para Europa, como pensábamos, embarcándonos en Buenos Aires, donde tú estabas. Una vez en el vapor, adiós América! Yo me había hecho un placer y te había ahorrado un disgusto!

Un capricho, Roberto, lo tienen todas las mujeres. Tú bien lo sabes. Haz aprovechado de algunos...Matarme á mi habría sido como matar á las que han sido infieles á otros contigo....Qué habrías dicho tú si las hubieran matado á ellas?

Por ventura los hombres no quieren á una mujer y gozan á otras muchas? Yo soy hombre, Roberto. Ese

chiquilín me gustó. Tiene un no sé qué agradable en la cara, en la sonrisa. Me lo he comido!...

Tú has sido la esposa abandonada, y él la niña seducida...No he dejado por eso de quererte á tí., inmensamente. Nunca le hice á él un misterio de mi loca pasión por tí. Eso le daba rabia. Me gustaba pincharlo contigo Yo lo instruí en la Anarquia...Le hice comprender que te debe algun agradecimiento. .Al principio creí que tenía cosa para un dia. Despues me gustó, me encapriché. He aqui como pasaron las cosas. La primera vez él se emocionó...Yo tuve un rapto de mal humor. Te lo cuento? (confusa) Sóy tan descarada!...

—Cuenta todo, al oído; á tu Maestro...

—Le dije: Qué gastado está Vd.! No me dá fuego! Dos ó tres dias despues él, tocado en su amor propio, se lució, me dejó muy sastifecha. Yo me dije: Este es un machito que vale. Aprovechemos hasta donde se pueda!

Me hacía mucha gracia pensar en la querida de él. Una amiga mía. Cuando la conocí no hacia más que elogiarme al querido...¡Qué tonta! Cuando algunas mujeres me han preguntado á mi que tal eres tú, yo he adoptado un aire de piedad, diciendo que tú éres

un hombre cansado, enfermo, neurasténico...De ese modo te ahuyento la caza. Yo soy muy celosa de ti, Roberto. A mi me gustaría ser yo el hombre y que tú fueras la mujer...Yo libre, haciendo lo que se me antojara y tú, sometido, esclavo!...

A la señora de tu homónimo le he jugado unas tretas! El le mandaba unas cartas de pasión, llenas de monerías, de mimos...Esas cartas eran dictadas por mi! Engañaba al mismo tiempo á ella y á tí.. Tenía en jaque á dos ejércitos...Tú, me copaste!...

Tú no deberías molestarte porque yo haya hecho eso...Tú me has demostrado que acostarse con un hombre es la cosa más natural!...

—No me desdigo! declaré con firmeza.

—Has hecho de mí una convencida. No se me pasó siquiera por la imaginación que pudiera herir en lo más mínimo tu susceptibilidad...

—Quieres que te muestre una carta de él?...Te vas á enojar?...

Yo la miré con estupefacción. Ignoras, por ventura que soy el moderno Mitrídates?

Ella retiró de bajo la almohada una carta con gruesa orla de luto. La desplegó, ofreciéndomela.

«Cariño mio! He recibido tu preciosa cartita tan llena de monerías y de mimos que no sè qué responder...!!

—Lo confundías!..No recuerdas el texto de esa joya sensual?

—He guardado expresamente una copia para ti.

El amante continuaba excusándose por no tener en su concepto, el talento literario de responder como hubiera merecido la exquisitez de la cartita aludida. Se deslizaban en el texto: *francesita adorada...lenguitas.. mimos...*

—Es mi estilo! reclamé!

—Te imitaba mucho. El hubiera querido hablarte, tratarte para identificarse completamente contigo.

«...A tu lado nada valen esas francesas elegantes; esas Demi-Vierges que tú me has dado á conocer»...

—Ah!. .le has hecho leer Demi-Vierges?...

—Lo he educado mucho!...

El amante se despedía:

«Una lengua hasta»..

Bien, discípula. A tu vez, haces escuela!...

La carta estaba firmada: ¡Roberto.

—Ese nombre ha sido para él un talismán... dijo devolviendo la carta á su poseedora, con una sonrisa.

Ella se volvió enfurecida, contra mí:

—Pégame!

Yo, con dulzura:

—Porqué causa?

—Es verdad, Roberto, que soy muy mala, que tengo instintos de hiena?

—*Ma petite*...éres la Vengadora!...

—Aquel día... porqué no lo mataste? Yo hubiera sentido un gusto! Le hubiera dicho, viéndolo ensangrentado: Tóma, métete á hacer el amante! ¡Cuánto hubieras ganado para mí!

Me hubiera gustado también que me hubieras hecho algo. Porque no me disparaste un tiro en un brazo, en una pierna? Luego, á mi vez, yo me hubiera vengado de tí...

Roberto, si me mataras, me harías un servicio. . Mátame! Aquel dia... Yo creí que no te iba á ver más!.

(Una pausa.)

Sabes lo que deberiamos hacer si tu fueras buen anarquista? Tener conquistas cada uno por su lado y luego contarnos nuestras impresiones...

Tú estás mejor, Roberto! Tienes el aire animado! Escribes! Te has vuelto trabajador! Eres otro hombre! Quién te iba á decir que el acostarme yo con otro sería el remedio de tu neurastenia! Hay que contarlo á los médicos

para que introduzcan mi receta en la terapéutica de esa enfermedad!

Tú me inspiras más sensualidad que ningún hombre; Las sensaciones que tu me dás son tan agudas que me hacen el efecto de que me emplomaran una muela! A tí te adoro...Recordarás lo que dice el famoso psicólogo Roux: *Es banal que el deseo existe sin el Amor.* En cambio el mismo psicólogo, dice, que el Amor no existe sin el deseo...No es cierto, rico?Un beso...Otro!...Otro!...Otro!...

Ha sido un capricho...un gustito de la Chiquitita, de la queridita que se muere por su queridito...Perdóneselo Vd...

No vayas á decir que no me quíeres.. Dice Victor Hugo que á la mujer infiel se la quiere muchísimo más que á la que se pasa todo el día encima del hombre, hecha una pegajosa...

La culpable, Roberto, no soy yo sinó la «coquille rose» y la pilluela señaló graciosamente á mi enojo, á la causante de todo el daño:—Qué veleidosa es!

Yo puse un beso en el *calembour* aludido, en la delicada monería, en la traviesa de la casa, tan poco formal, tan fácilmente tentada, que tan pronto se engolosina, tan irreverente, tan mimosa, que no me esplico como se

ha ocurrido á los puntillosos moralistas burgueses colocar en ella, en custodia, al solemne Honor. A esto se debe en mi concepto el fracaso de la secular entidad. Es humano que la «coquille rose» de Verlaine, pícara por instinto, burlona, impaciente, caprichosa, espiritual, falte coquetamente al respeto al cejijunto Honor!...

Hice conocer este razonamiento á la *traviesa*.

—Es cierto!..Tú tambien éres muy gracioso cuando quieres...¡Ese esprit fino! ¡Esa elegancia con que escribes!

Yo, Roberto no te he hecho nunca la ofensa de considerarte *esposo*. Entiendo haberte jugado una bromíta como á un queridito al que se hace una *travesura*.

(Guiñó el ojo) Yo no soñé nunca con adjudicarte lo solemne del cuerno marital, al que se tocan las campanas fúnebremente, se le envían tarjetas de pésame, coronas...

Apropósito; yo he sido excomulgada por los burgueses como Tolstoi por el Santo Sínodo.

No es verdad que es una cosa riquísima que mis dos amantes hayan tenido el mismo nombre? Era un quid pro quo de todos los momentos!

Con un gesto brusco: Vamos á vivir juntos?

Decídete Roberto...de las Carreras. Sino iré á buscar al homónino.

¡Qué temperamento el mio! El duque de los Abruzzos debía utilizarme para sus exploraciones árticas. A mi lado nada valen los buques armados de formidables espolones, los rompederos de hielo más famosos. Con el ardor de mi cuerpo derritiría las nieves y abriría el camino del Polo!

Tú me decías antes: Voy á acostarme con aquella mujer y lo hacías. Pues bien, dime ahora que mujer vás á gozar tú, y yo te diré que hombre voy á gozar yo!

Confiésame, Roberto. Tú me habrías perdonado que yo me hubiera prostituido pero tú orgullo no me perdonará nunca una elección...

Me sentí mordido.—No, dije con vivacidad. Te he conocido otros deseos... Y le recordé cosas al oido.

—Ah! exclamó ella con vértigo. Te aseguro que no me entregué á aquel hombre por no serte infiel! No me habías hecho todavía bastante anarquista!

Todos los inventores, Roberto, han sido víctimas de su creación. El inventor de la pólvora murió á conse-

cuencia de una explosión. Guillotin murió en la guillotina, tú, Roberto que has inventado entre nosotros el Amor Libre, has sido víctima de tu invento...como Guillotin!

Sabes una cosa que me ha dado mucha rabia? No haberte podido engañar bien. Ah! ¡qué cosa! haberme pillado de ese modo!...

Yo creo que te ayudan los Espíritus. Si tu no me pillas te armo un cuento colosal, te pongo mal con todo Montevideo, te llevo á Europa, y te quedas sin saber nada!

Parece imposible! Tu no espías á las mujeres, no haces caso de anónimos. Te basta una mirada para comprender todo lo que pasa alrededor tuyo! Cómo miras? Qué habilidad tienes? Yo engaño á todo el mundo y á tí no he podido engañarte!

La pilluela estaba extendida en el lecho. Camisa y calzones rosados. Medias negras sujetas por lazos rosados. Cabellos dorados. Las mejillas de su carita risueñamente iluminada por la sátira, rosadas. Toda la mujercita era una rosa.

Me acerqué á ella: Si hubieras pertenecido á un *marido*, tu boca, un punto rosa, cuyo labio superior se alarga, mimoso, en forma de beso,

habría sido desbaratada por el ímpetu de un puñetazo nefando!

Tus dientitos mordedores que se hincan con afán en el fruto prohibido de la carne, habríán sido desquiciados entre una espuma de sangre! Tus ojos, alerta, que cosquillean, audaces, habrían saltado de las órbitas! Tu cabecita locuela que sacuden nerviosos saltos de esprit. que aturde el oxígeno de quiméricos volidos, habría sido rabiosamente aplastada, vaciada, contra el muro! Ligándote á la órbita de mi atracción, yo te he salvado de la patada del burgués!...

Sonrió, maligna, satisfecha en secreto...

—Me hacen reir mucho los hombres de Montevideo. Se figuran que porqué he tenido un *bégain* estoy obligada á tener amores con el público. Los desairados me manifiestan su descontento, en la calle. silbándo me, insultándome, tuteándome, tratándome como á una conocida....

¡Qué cretinos! Han llegado hasta enviarme proposiciones con intermediarias. Una de ellas á quien arrojé á bofetadas de mi casa, me dijo con admirable filosofía montevideana: La que es prostituta por gusto bien puede serlo por dinero! Una

señora, queriendo expresar el extremo á que según ella yo he descendido, decía de mi: Como será de loca que engaña á su querido que se halla en Buenos Aires, gratuitamente! El casamiento ó la prostitución tal es el dilema de los onanistas, de los uruguayos. Estos hambrientos de mujer no comprenden que si yo quisiera arrastrarme lo haría en coche. Iría á Paris! Qué hombres! Algunos se jactan de haberme pagado. Algunos de no haberme querido pagar por cargosa. Han hecho correr la voz de que yo frecuentaba casas de prostitución, y, que, como valgo tan poco, recompensaba á los uruguayos que se dignaban favorecerme con sus caricias, regalándoles anillos de brillantes. Se me acusaba de fundir de ese modo tu dinero...

Tu amor libre, querido, no dará resultado. Los hombres de este país son infames!

Un día, un burgués viejo, penetró en mi casa, diciéndome que quería hablar conmigo á solas: Vaya Vd. á hablar á solas con su madre, miserable! Vd. me ofende porque soy una mujer! Y lo acompañé hasta la puerta de calle, castigándole las espaldas con mis insultos!

Otra vez abaniqué á bofetadas, co-

mo diría Santa Anna, á un estudiante, que se atrevió á decir en un grupo, al pasar yo: Gana mucho. Otra vez, saliendo del teatro, arrojé mis gemelos de marfil á la cara de un elegante que me hizo un signo pornográfico.

Un amigo tuyo que me llevó de mañana un mensaje de tu parte, me dijo derretido de cachondez: Porqué se ha levantado? Porque no me esperó en la camita caliente?

—¡Un moralista burgués! pensé.

La Favorita me echó los brazos al cuello con su gesto vehemente de ternura:

—Querido!.. Me quieres? Porqué me has hecho anárquica? Si te hubieras valido de tu fascinación para imprimirme que la mujer debe estar sometida al hombre, yo habría sido solo tuya...*pour la vie*! Por el contrario me repetías que la mujer tiene los mismos derechos que el hombre, que debe disfrutar de las mismas prerrogativas, que todo lo que sea para ella abstenerse de un deseo, es una usurpación á sus sentidos! Me afirmabas que cuando me gustase un hombre debia entregarme á él, lealmente, avisándotelo. (Con mimo) no te lo avisé porque temía que me dejaras... Tú me decías tambien que las gran-

des señoras europeas tienen amantes, que las mujeres deben ser pícaras...Roberto, esas cosas no se pueden decir á las mujeres!

Comprendo cual era tu ambición, tu sueño. Tú querías que yo fuera libre, completamente libre, sin trabas sin prejuicios, para que no ofendiera tu orgullo ni siquíera la sospecha de que yo te era adicta por la más leve sombra de algo que no fuera el amor!

Tu querías que yo pudiese volar á mi antojo, para hacerte sonreir de vanidosa ternura al abandonar por tí el albedrío...

Tu ambicionabas subyugar mis sentidos como mi corazón, la sensualidad rebelde como el sentimiento fiel...

Tu soñabas con ser el inaudito privilegiado, el eterno único! Tu aspirabas á ser mi deseo! Exigías demasiado...

No puedes dudar de que te quiero pues he corrido en tu busca, te he perseguido sin trégua, hasta que he podido estrujarte, comerte esa boca...¡Un beso!

Le enrrosqué un millonésimo abrazo sintiéndome estrangular por el atavismo. Una noche pasó por mis ojos. Ví la entrega... la embriaguez del otro... el asalto!... Mi orgullo

fué devorado por la cavernosa alevosía, por el encono frenético de un torcedor vertiginoso! El macho original aherrojado en el fondo de mi sér por los nudos templados de cadenas implacables, se debatió tumultuosamente, desesperadamente; lanzó un gemido...

—Esa nostalgia... no! clamó ella. Me retorcí entre sus manos que buscaban amorosamente asirme, como un cuerpo enllagado bajo la mordedura enloquecedora de un hierro candente.

Por un instante dudé de la Idea. El hombre, incorregible tirano sentimental, será un día dichosamente redimido de su tormento ingénito, de sus ineptos furores, de su celosa impotencia, de sus inútiles venganzas, de su frenesí de fidelidad? Frente á la mujer, el hombre podrá soportar al hombre?

La libertad de la mujer es nuestra agonía. Tendremos el heroísmo de proclamarla hasta el fin? Pesan sobre nuestras pocas fuerzas veinte siglos de abominacion cristiana empeñados en realizar en la mujer con el empuje de una aplastadora disciplina el ideal de Amor. Ella debe encarnarlo y el hombre ins-

tintivamente, por una lógica armonía, lo exije con ánsia de la mujer.

Religión de la Nada que pretendiste esterilizar la vida en el Sofisma! Metafísica del Espíritu que en vez de abrazar ilimitadamente á la Naturaleza, has ordenado con audaz imperio constreñir á la Omnipotente en el molde inconcebible forjado por el sueño incoloro de los cenobitas!

Has dejado en nosotros, tus víctimas, un sedimento de imposible. Idealizando la esclavitud de la sometida, infiltrándonos sutilmente una fiebre amorosa mística, has azuzado la batalla de nuestro corazón. Has unido á las negras cóleras del macho, el desgarramiento acerado del sollozo!

Religión desoladora ¿por qué mezclaste el espíritu á los estremecimientos ingénuos de la carne? ¿Porqué vertiste en la alegre copa de nuestro bríndis anacreóntico, el acíbar de una sombría ansiedad, de una lacerante nostalgia? Porqué malograste con tu fúnebre inspiracion enlutada el exhuberante banquete del Panteismo?

Ah! yo os envío mi grito de lastimado decadente, mi queja de inconsolable envidia, á vosotros, antepa-

sados olímpicos, sensualistas serenos de la Grecia, para quienes el Amor no fué un devorante corrosivo, un tósigo de llamas, sinó aque la dicha sin cuidados que al decir de vuestra frase sublime, recordada por Bourget, hacía el alma tan buena! Vosotros estabais junto á la gran protectora, la Naturaleza. Para vosotros el placer descendía de la Divinídad, sonrisa de la Vida, á que elevasteis la acción de gracias de vuestros templos inmortales consagrados al Amor! Diosas tutelares de los helénicos abrazos, cubríos la maravilla del rostro! El Amor está maldito! El Cristianismo ha profanado los goces de vuestros divinos misterios, ha deslizado un áspid en el seno de la dicha. Una sombra de lúgubre idealismo reemplaza la alegría robusta del sol que se derramaba, pródiga, sobre el contento de los sentidos. Una tormentosa pesadilla obsede á la carne!...Las delicias que, vosotros, incomparables antepasados, gustabais en la plenitud de la fuerza, bajo la limpidez de un cielo cómplice, en el lecho de la Naturaleza, son amargas como la hiel envenenada, que se dió á beber á Jesucristo en el cáliz de sus torturas!

La pilluela abandonada sobre el

lecho con toda la inercia de su sér, de su cabeza que descansaba á plomo sobre la almohada, murmuró: Yo no quiero moverme de aquí. Suplicó: Enciérrame... yo seré siempre tuya. Alcé el blando peso de su cuerpo sobre mi brazo:

--Recuerda que empezábamos á ser amigos...La vida en común mata el Amor.

Su cabecita dió un brusco salto:

--Tienes razón, Roberto. Para quererse se necesita fantasía...La vida en común apesta! Lo que se tiene siempre al lado es forzosamente trivial. Cómo no hemos de cansarnos del Amor, cuando según tu me has explicado, lo mismo ocurre con el sentimiento del Arte! La originalidad, me has dicho, repitiendo á un filósofo, no es otra cosa que un excitante de nuestra sensibilidad, un despertamiento producido por lo nuevo...

En Amor se necesita originalidad, como en Arte. No es cierto? Soy tu discipula? Ah! yo he aprendido mucho de tí: la ironía, el desprecio, la rebelión!...

La sensibilidad es una... Porqué el libro original, es decir *la sensación de Arte*, se aclama con entusiasmo, y porqué el amante *original*,

la sensacion de Amor, se anatematiza como inmoral? Es justo lo que digo?

--Admirable! exclamé, adorando aquella comprensión precoz.

Después de crear tu fantasía, de sugerirte desprecio por la insulsez de la Doña Honesta conyugal, de prender la mecha á la pólvora de tu *sprit*, de inspirarte una pagana simpatía por las heroínas del placer, en arte; por tus hermanas en voluptuosidad; despuésdehacerte amar la poesía de las escapadas en brazos del placer azaroso, después de hacer de tí, hija de amantes, nieta de amantes, una amante digna de nuestra raza; ha sido una imbecilidad temeraria, guardarte cotidianamdnte á mi lado, representando yo para tí la rutina, la prosa!

Te había educado demasiado bien!

Loco orgulloso caído del pedestal de mi Omnipotencia, te creí perdida. Burgués! me dije, cien veces indigno del título de amador, te has suicidado!

Vuelvo á colocarme la auréola. Vuelvo á reinar. Yo, tu amante legítimo, tu verdadero amante, seré tu aventura! Yo he creado tu sensualidad como una flor de invernáculo al calor tíbio de mis besos escitantes. Yo

te arranqué la superstición católica que te habría hecho ascética y condenado al sacrificio. Yo he sido el redentor! Saliste de mis brazos con una sonrisa de triunfo á provocar la envidia inclemente de las que no tienen como tú el valor de gozar. Ellas no te perdonan ni te perdonarán los burgueses, á los cuales has arrojado tu guante de rebelada. Ellas y ellos te ultrajarán para vengarse!

En mis brazos, te abriste; desbordadamente, viviste. Antes, mucho antes de la edad en que otras mujeres desean, tu hubieras podido morir!

Yo borraré en tu corazón la mancha que ha dejado el recuerdo de la vida en común. Yo seré tu poético delirio, tu esperanza constante de goce, tu cielo de placer al que se extenderán tus trémulos brazos, tus ojos fijos ansiosos, sin alcanzarlo nunca del todo!... Empezaremos á amarnos de nuevo. Mi triunfo consiste en haber encadenado tus sentidos á pesar del tiempo y de la veleidad, al hechizo magnético de mi atracción de la que no puedes libertarte. Tus deseos un instante declinaron... pero, me ha bastado huir para soplar en tu frágua como un viento huracanado é hinchar fragorosamente las llamas

moribundas. Tu sensualidad por mi renace, hierve, estalla como una primavera; circula, intoxicándote, en el rojo turbión de tus arterias, cubre tu cuerpo delirante con escaldaduras de fiebre!

Vagabunda soñadora de sensaciones, vuela al azar! Llevas mi sello en el espíritu. Serás mía en todos los brazos! Tus sentidos no me olvidan. A través de todos los deleites, de todos los espasmos, tu vendrás á suplicar á mi puerta una noche de Amor!

La Favorita dió un brinco en el lecho, sacudida por la racha de una alegria súbita:

—Qué lindo! Seremos queriditos! Nos miraremos en el teatro con gemelos...yo vendré siempre á verte... Nos daremos citas...Haremos paseos juntos...Se quiere más asi...No es verdad, Roberto? Y...yo tendré mis caprichos? Yo te quiero mucho, pero mucho, pero, ya sabes, no puedo prescindir de mis caprichos...

—En nombre de qué derecho, contesté, podría yo exigirte que me los sacrificaras? Por ventura, me siento yo fiel? Sin cometer un crímen, me es permitido restringir tus goces, mutilar el don excelente de tu pródiga sensualidad? Qué locura es esa que hace al hombre voluble exigir la cons-

tancia de la dicha en nombre del más convencido sentimiento?

Exquisita pilluela que encierras el poema vivo de la mujer, pequeña Manon, enloquecedor escitante de mi neurastenia, á quien el Juez ha creido aprisionar, éres libre por el mágico poder de la Anarquía. Yo arrojo los pedazos de tus cadenas rotas á la faz de los legisladores! Yo pisoteo la Ley! Si no puedo con el solo vínculo del sexo aprisionar en mis redes de amoroso al colibrí tornadizo de tu fantasía, te entrego el espacio ¡A vivir, dichosa libertada!

Ella, con su monería insidiosa, con su mimo aterciopelado, extendiendo las manos:

—Yo te quiero á tí, queridito.... Seré solo tuya...Como antes ..Si tú éres bueno...

Sonreí! No contemos con la Fidelidad, Hada maléfica, causa de tantos males... Cuando quieras ven á buscar mis labios enardecidos, trémulos, ávidos....Encontrarás al más sábio, al más heróico, al más *abnegado* de los amantes!

Bajó del lecho para marcharse. Vaciló. Apoyó sobre mi pecho su cabeza que rodaba en un desvanecimiento, vaciada por el Exceso. La alzó. Me miró con sus ojos borrachos de

vértigo que cernían dos surcos negros profundos. Suspiró:

—¿Me querrás? Me querrás siempre? No me dejarás?

—No, no te dejaré, rica...

—Te gusto? Te inspiro mucha sensualidad?

—Si!

—Soy una queridita muy rica?

—De lo más rico que hay...

—Y aquel cariñito de antes?

—Es tuyo...

—Quieres que vuelva pronto?

—Enseguida.

—Un beso...Otro...Ah!!!

. . . .

Al estar solo, me apareció el encanto de la cita, en la que sentimos los pasos de la Querida que se acerca, golpear sobre el corazón, como si pisara sobre él. .

El ambiente estaba saturado de la nostalgia de Ella que alimenta el Amor.

Con su instinto sutil y vidente de amadora, la Favorita había abandonado sobre un diván su corsé de raso celeste recamado de encajes, adivinando que aquel objeto caliente de su cuerpo, me crearía su imágen de adorada, la alzaría, flotante, ante mis ojos, fiel evocador de la Querida!

Ella había desparramado al azar

otros talismanes: Su prendedor sobre mi mesa, su reloj de bolsillo sobre un mueble, su pañuelo, su aroma, sobre el lecho...

Me apoderé del corsé. En ese instante prefería á ella misma, su evocación, su aroma, la poesía de su ausencia. Sobre el lecho en que la pitonisa de amor, fuera de sí, había forcejeado en el más intenso transporte que puede serle dado á un amante, comprimir y anonadar en sus brazos, escondí la cara en el corsé voluptuoso... Aspiré ciegamente, agudamente, enloquecidamente, hasta el desvanecimiento, su vertiginoso perfume!

Aldea de Montevideo, Octubre 5 de 1902.



Fé de erratas

Página 9.—Donde dice: y como amante no se considera humillado?
Debe decir: y como amante no se considera Vd. humillado?

Página 14—Donde dice: vagando libremente
Debe decir: errando libremente

Página 41—Donde dice: en sus brazos la más expontánea!
Debe decir: en sus abrazos la más expontánea...

Página 51—Donde dice: fué conmovida su debilidad de padre..
Debe decir. fué conmovida su debilidad de padre?...